



La Santa Sede

BENEDICTO XVI

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de mayo de 2005

El guardián de Israel

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. Como ya anuncié el miércoles pasado, he decidido reanudar en las catequesis el comentario a los salmos y cánticos que componen las Vísperas, utilizando los textos preparados por mi querido predecesor el Papa Juan Pablo II.

Iniciamos hoy con el salmo 120. Este salmo forma parte de la colección de "cánticos de las ascensiones", o sea, de la peregrinación hacia el encuentro con el Señor en el templo de Sión. Es un salmo de confianza, pues en él resuena seis veces el verbo hebreo *shamar*, "guardar, proteger". Dios, cuyo nombre se invoca repetidamente, se presenta como el "guardián" que nunca duerme, atento y solícito, el "centinela" que vela por su pueblo para defenderlo de todo riesgo y peligro.

El canto comienza con una mirada del orante dirigida hacia las alturas, "a los montes", es decir, a las colinas sobre las que se alza Jerusalén: desde allá arriba le vendrá la ayuda, porque allá arriba mora el Señor en su templo (cf. vv. 1-2). Con todo, los "montes" pueden evocar también los lugares donde surgen santuarios dedicados a los ídolos, que suelen llamarse "los altos", a menudo condenados por el *Antiguo Testamento* (cf. 1 R 3, 2; 2 R 18, 4). En este caso se produciría un contraste: mientras el peregrino avanza hacia Sión, sus ojos se vuelven hacia los templos paganos, que constituyen una gran tentación para él. Pero su fe es inquebrantable y su certeza es una sola: "El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (*Sal* 120, 2). También en la peregrinación de nuestra vida suceden cosas parecidas. Vemos alturas que se

abren y se presentan como una promesa de vida: la riqueza, el poder, el prestigio, la vida cómoda. Alturas que son tentaciones, porque se presentan como la promesa de la vida. Pero, gracias a nuestra fe, vemos que no es verdad y que esas alturas no son la vida. La verdadera vida, la verdadera ayuda viene del Señor. Y nuestra mirada, por consiguiente, se vuelve hacia la verdadera altura, hacia el verdadero monte: Cristo.

2. Esta confianza está ilustrada en el Salmo mediante la imagen del guardián y del centinela, que vigilan y protegen. Se alude también al pie que no resbala (cf. v. 3) en el camino de la vida y tal vez al pastor que en la pausa nocturna vela por su rebaño sin dormir ni reposar (cf. v. 4). El pastor divino no descansa en su obra de defensa de su pueblo, de todos nosotros.

Luego, en el Salmo, se introduce otro símbolo, el de la "sombra", que supone la reanudación del viaje durante el día soleado (cf. v. 5). El pensamiento se remonta a la histórica marcha por el desierto del Sinaí, donde el Señor camina al frente de Israel "de día en columna de nube para guiarlos por el camino" (*Ex* 13, 21). En el Salterio a menudo se ora así: "A la sombra de tus alas escóndeme..." (*Sal* 16, 8; cf. *Sal* 90, 1). Aquí también hay un aspecto muy real de nuestra vida. A menudo nuestra vida se desarrolla bajo un sol despiadado. El Señor es la sombra que nos protege, nos ayuda.

3. Después de la vela y la sombra, viene el tercer símbolo: el del Señor que "está a la derecha" de sus fieles (cf. *Sal* 120, 5). Se trata de la posición del defensor, tanto en el ámbito militar como en el procesal: es la certeza de que el Señor no abandona en el tiempo de la prueba, del asalto del mal y de la persecución. En este punto, el salmista vuelve a la idea del viaje durante un día caluroso, en el que Dios nos protege del sol incandescente.

Pero al día sucede la noche. En la antigüedad se creía que incluso los rayos de la luna eran nocivos, causa de fiebre, de ceguera o incluso de locura; por eso, el Señor nos protege también durante la noche (cf. v. 6), en las noches de nuestra vida.

El Salmo concluye con una declaración sintética de confianza. Dios nos guardará con amor en cada instante, protegiendo nuestra vida de todo mal (cf. v. 7). Todas nuestras actividades, resumidas en dos términos extremos: "entradas" y "salidas", están siempre bajo la vigilante mirada del Señor. Asimismo, lo están todos nuestros actos y todo nuestro tiempo, "ahora y por siempre" (v. 8).

4. Ahora, al final, queremos comentar esta última declaración de confianza con un testimonio espiritual de la antigua tradición cristiana. En efecto, en el *Epistolario* de Barsanufio de Gaza (murió hacia mediados del siglo VI), un asceta de gran fama, al que consultaban monjes, eclesiásticos y laicos por su clarividente discernimiento, encontramos que cita con frecuencia el versículo del Salmo: "El Señor te guarda de todo mal; él guarda tu alma". Con este Salmo, con este versículo, Barsanufio quería confortar a los que le manifestaban sus aflicciones, las pruebas

de la vida, los peligros y las desgracias.

En cierta ocasión, Barsanufio, cuando un monje le pidió que orara por él y por sus compañeros, respondió así, incluyendo en sus deseos la cita de ese versículo: "Hijos míos queridos, os abrazo en el Señor, y le suplico que *os guarde de todo mal* y os dé paciencia como a Job, gracia como a José, mansedumbre como a Moisés y el valor en el combate como a Josué, hijo de Nun, dominio de los pensamientos como a los jueces, victoria sobre los enemigos como a los reyes David y Salomón, la fertilidad de la tierra como a los israelitas... Os conceda el perdón de vuestros pecados con la curación de vuestro cuerpo como al paralítico. Os salve de las olas como a Pedro y os libere de la tribulación como a Pablo y a los demás apóstoles. *Os guarde de todo mal* como a sus hijos verdaderos, y os conceda todos los anhelos de vuestro corazón, para bien de vuestra alma y de vuestro cuerpo, en su nombre. Amén" (Barnasufio y Juan de Gaza, *Epistolario*, 194: *Collana di Testi Patristici*, XCIII, Roma 1991, pp. 235-236).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de España y América Latina, especialmente a los del seminario menor de Santiago de Compostela, a los del colegio San Juan Bosco de Alcalá, a los de la parroquia de la Divina Misericordia de Panamá y a los llegados de México. El Señor os proteja de todo mal y os conceda todo lo que pide vuestro corazón, para bien del alma y del cuerpo.

(En lengua checa)

Saludo cordialmente a los peregrinos checos procedentes de Bohemia meridional. Sobre todos invoco la protección de la Virgen María.

Tras saludar en otros idiomas, dijo:

Al final volvemos al italiano, porque soy Obispo de Roma.

Doy una cordial bienvenida a los peregrinos de lengua italiana. Saludo en particular a los Sacerdotes del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram y a las Pequeñas Hermanas Misioneras de la Caridad de San Luis Orione, que están celebrando sus respectivos capítulos generales. Queridos hermanos y hermanas, sed siempre fieles al espíritu de vuestros fundadores, para ser testigos valientes del Evangelio en nuestro tiempo.

Saludo asimismo a los seminaristas del seminario regional pullés "Pío XI": queridos amigos, a la vez que os aseguro mi cercanía espiritual, ruego al Espíritu del Resucitado a fin de que os ayude a discernir la llamada de Dios.

Deseo también dirigirme, como es habitual, a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. En este mes de mayo dedicado de modo especial a la Madre del Señor, os invito, queridos *jóvenes*, a entrar en la escuela de María para aprender a amar y seguir a Cristo por encima de todo. Que la Virgen os ayude, queridos *enfermos*, a ver con fe el misterio del dolor y a captar el valor salvífico de toda cruz. Os encomiendo, queridos *recién casados*, a la protección materna de la Virgen santísima, para que viváis en vuestra familia el clima de oración y de amor de la casa de Nazaret.